

dia serlo cuando el divorcio invocado por la concupiscencia de un rey corrompido, fué el origen, el pretesto y la causa que le dió el sér? ¿De dónde provino si nó el cisma de Inglaterra? ¿No fué su origen una violencia sacrílega que separó á esa tierra de santos del centro del catolicismo? ¿Por qué siendo ayer católica es hoy cismática la Inglaterra? Bien sabido es que solo es cismática porque Roma no quiso consagrar el divorcio; porque el valor de un Pontífice se negó á apoyar la brutalidad de un déspota contra la debilidad de una mujer.

¿Cuál ha sido entre los herejes el que se ha sometido al yugo de la indisolubilidad del matrimonio? ¿Ha sido Lutero, que sacrificó la autoridad de la doctrina á favor de un grande, autorizando la poligamia del landgrave de Hesse? ¿Ha sido Lutero, que no contento con haber profanado en su persona la santidad del carácter sacerdotal con una union doblemente sacrílega, profanó con sus inmundos discursos el lazo conyugal? ¿Quién ha defendido esa muralla de la familia? ¿Ha sido Calvino? ¿Ha sido Zuinglio, ó tal vez Teodoro de Beza ó Bucero? Ninguno de estos orgullosos reformadores de la Iglesia de Dios, cada uno de los cuales se creyó digno de ceñir en su frente la corona de la pureza, dejó de sacrificar la verdad divina á las pasiones humanas. Su concupiscencia no podia sufrir la santidad del matrimonio y la indisolubilidad del lazo conyugal, así como su orgullo no podia soportar la humildad de la obediencia y los decretos de la autoridad pontificia. Buscad hoy mismo, al traves de la gran Babilonia de la herejía, un lugar donde haya sentado su planta la indisolubilidad del

matrimonio, y no podréis hallarle ni en Stockolmo, ni en Copenhague, ni en Berlin, ni en la Haya, ni el multiplicado protestantismo de la caduca Europa, ni el mas multiplicado aún del nuevo mundo; en ninguna parte hallaréis la rigurosa indisolubilidad del matrimonio. Donde fijéis los ojos encontraréis á la familia disolviéndose entre las ruinas de la verdad y la corrupcion de las costumbres. La grande herejía de los tiempos modernos ha conspirado donde quiera contra la santidad de la familia; siendo débil no se ha atrevido á usar de la fuerza y se ha hermanado con todas las debilidades. Degradada ya, y sumida en el fango, llevando en la mano el Evangelio y en los labios el nombre de Jesucristo, encamina sus pasos hácia el fondo de los desiertos, entregada á un libertinaje sin límites, para presentar allí un espectáculo indigno, desconocido ya desde que Jesucristo espiró en el Calvario.

Si el cisma y la herejía han sido impotentes para resistir la austeridad de nuestro dogma, ¿qué debemos esperar del racionalismo, que es la herejía universal y el cisma mas absoluto? ¿Qué podian hacer para salvar esta gloria que estaba reservada á la familia católica, los que destruyeron con su doctrina los elementos del cristianismo, cuando con sus palabras no pudieron defender jamas la moral mas vulgar? Bajo este punto de vista se confunden todas las tendencias racionalistas y heréticas, para convergir en una misma aberracion y en una misma debilidad. Todos los herejes, sea cual fuere su nombre, panteistas ó ateos, materialistas ó espiritualistas, escépticos ó dogmáticos, todos, incluso los mejores y los mas auste-

ros, están prontos á tributar á la diosa Voluptuosidad ó á la diosa Razon el honor de la familia y esta gloria del cristianismo.

Hubo un tiempo en que, despues de haber caido bajo el yugo de los filósofos, de los racionalistas y de los ateos triunfantes en la anarquía, en el ateismo y en la impureza, nuestra legislacion francesa, tan profundamente cristiana y tan santamente austera hasta entonces, flaqueó tambien ante la inmoralidad y el sacrilegio que dominaban en la familia así como en la sociedad, y proclamó el divorcio; y como para patentizar de una manera mas clara en el fragor de los sucesos públicos las relaciones que existen entre la sociedad pública y la sociedad doméstica, perecian juntas la inviolabilidad del trono y la indisolubilidad del lazo conyugal, en el desastre de la patria y de la familia, ensangrentadas por una misma barbarie. No hace mucho tiempo que, cuando el mundo entero se sintió bambolear al impulso de una nueva sacudida, y cuando se atacaban y discutian tantos principios elementales y tantas verdades conservadoras, se trató por segunda vez de manchar con el divorcio nuestra legislacion deshonorando nuestra patria; semejante tentativa sublevó á un tiempo á nuestra religion y á nuestro pueblo, y el divorcio retrocedió ante el anatema del cristianismo y ante el buen sentido de la Francia.

De modo, señores, que despues de un reinado de diez y ocho siglos concedido al dogma de la indisolubilidad del matrimonio por nuestra sociedad cristiana, el racionalismo penetra en el hogar doméstico, intentando introducir en él el divorcio rechazado por

el cristianismo. Y si hoy nuestra legislacion no fuera tan cristiana; si la conciencia de los hijos de Jesucristo no estuviera presente para poner un dique á las pasiones y marcar el hasta aquí á la barbarie; veriamos establecido entre nosotros el divorcio, y la poligamia triunfante ostentando en nuestra sociedad toda su inmundicia. Porque hoy existen tendencias que hablan, que discuten, que escriben y aspiran á gobernar; y todas sus doctrinas publicadas así en prosa como en verso, en los dramas y en las novelas, son favorables al divorcio; pero al divorcio de la época, al divorcio desconocido hasta ahora en el mundo civilizado, porque lo quieren absoluto, sin restriccion legal y sin represion moral; lo quieren indefinido y sin límites; en una palabra, quieren entronizar la inmoralidad. En la orgía intelectual y moral desorganizadora en que tantos toman hoy parte, el divorcio se considera como una cosa que no tiene definicion. Lo que pretenden establecer los poetas racionalistas, los filósofos dramaturgos y los novelistas reformadores es, no solo el divorcio apoyado por ciertas legislaciones con reservas y condiciones que vienen á ser como el último homenaje tributado á la soberanía de este dogma que insulta la ley; quieren la facultad sin límites de romper una union á la cual no consideran siquiera como un compromiso mútuo, sosteniendo que solo el corazon debe ser juez en esta materia; y últimamente, aspiran á establecer, sobre las ruinas del matrimonio, el reinado de las pasiones desenfrenadas y de los amores desordenados.

Está hoy en boga una creacion literaria, aborto de estos tiempos, que por desgracia no ha sido vista por

las gentes honradas con todo el horror que debería inspirar: nos referimos á las novelas y á los dramas revolucionarios; estas producciones son doblemente perversas y perjudiciales, porque están dictadas por espíritus y corazones pervertidos; en ellas se ponen en juego las ideas para sublevar las pasiones, y las pasiones para corromper las ideas; y son las apologistas de toda idea que tiende á destruir la santidad del lazo conyugal y de todo lo que es santo en la familia. Se han escrito libros con el único fin de enseñar á vuestras mujeres que no son criminales si aman con amor sincero, aun cuando atropellen todos sus deberes; que nada es el deber en el matrimonio, donde solo impera el corazón; que el matrimonio, tal como lo establece la religión y lo protege la ley, no es mas que una servidumbre, una cosa absurda, inhumana, antisocial y monstruosa. En estos libros en que, ni las bellezas literarias ni el estilo correcto pueden ocultar la infamia que santifican, han leído acaso mil veces vuestras esposas, vuestros hijos y vuestras hijas, que el divorcio es un derecho de que debe disfrutar el corazón, y que en la libertad del corazón cabe el adulterio; que los dos juramentos que presta la mujer á su marido de serle fiel y obedecerle, son el primero un absurdo y el segundo una bajeza; que nadie puede saber de antemano cuáles serán los sentimientos de su corazón, y que solo Dios, conociendo lo futuro, podría unir dos corazones de una manera irrevocable; que cuando no se puede responder de un modo cierto sino de los sentimientos presentes, contraer lazos indisolubles es cometer un acto de locura y de egoísmo impío; que la mujer, con respecto á su propia dignidad, no puede

aceptar una ley hecha contra ella por un egoísmo brutal; ley que parece despojarla de talento, de alma y de corazón; ley que la encadena para siempre al capricho de un sér humano su semejante, é igual suyo ante Dios. Y no es esto todo lo que dice, señores. En estas producciones leen tambien los conceptos de un autor enemigo de la sociedad; quien publica que el matrimonio es la mas odiosa de las instituciones; que será abolido desde el momento en que la especie humana avance un poco mas hácia la justicia y la razón; que será sustituido por un lazo mas humano y no menos sagrado, que sabrá asegurar la existencia de los hijos que nazcan sin encadenar para siempre la libertad de los esposos; y finalmente, que el matrimonio tal como se practica hoy en la sociedad y lo consagra el cristianismo con el dogma de la indisolubilidad, es la degradación humana llevada al último término, y el envilecimiento del hombre y de la mujer. . . Me detengo aquí, señores, porque no puedo leer delante de vosotros toda la novela contemporánea; no olvido lo que se debe á vuestra dignidad ni lo que á la mia corresponde.

La austera doctrina de la indisolubilidad del matrimonio ha sido mas potente que todas las herejías y que todos los cismas, porque el paganismo, el focianismo, el anglicanismo, el protestantismo en todas sus variedades y el socialismo en todas sus formas, han sucumbido ante la moralidad de nuestro dogma. Y en estos últimos tiempos el racionalismo, lejos de predicar la indisolubilidad del lazo conyugal, rompe todos los frenos capaces de sujetar las pasiones del corazón humano y de perpetuar con la unión de los esposos la unidad de la familia.

Y en nombre de la razon y del progreso es como se atreven á predicar esta revolucion inmoral y estas innovaciones inmundas que arrancarían á la civilizacion cristiana su mas fuerte basa, y de su frente la mas bella corona. Mas, gracias á Dios y á la gloria del catolicismo, se mantiene firme una sola doctrina, que es la única capaz de resistir los halagos doctrinales de esas cobardes concesiones hechas á la tiranía del error y del mal; de permanecer firme contra todos los ataques de la literatura y de la filosofia; de conservarse intacta á pesar de los decretos de los legisladores y de las persecuciones de todos los potentados; y al sufrir el último golpe exclamará siempre, con la misma energía: "Menos malo es un cisma mas que una verdad menos."

Preciso es indagar de parte de quién está la razon, si de parte del catolicismo que defiende la indisolubilidad del matrimonio, ó del lado de las doctrinas que defienden el divorcio. ¿Qué es el divorcio en sí mismo? ¿Qué consecuencias emanan de él con relacion al progreso de la familia y de la sociedad? Esto es lo que vamos á examinar.

II.

Antes de demostrar las desastrosas consecuencias del divorcio, veamos lo que es en sí y cómo destruye cuanto hay de mas verdadero, grande y legítimo en el hombre. Para establecer el divorcio, invocan en fa-

vor suyo la razon, la generosidad y la humanidad, cuando es contradictorio como el absurdo, cobarde como el egoismo é inhumano hasta la crueldad.

Si el matrimonio concertado entre dos almas que se entregan la una á la otra, tuviese por basa las probabilidades de un divorcio, seria un sarcasmo insolente arrojado á las mas nobles aspiraciones que lleva el corazon humano á ese acto solemne, la contradiccion mas profunda colocada entre dos corazones que se unen. Para que la union conyugal pueda producir la dicha de los dos esposos y llenar el objeto de la naturaleza, debe apoyarse en lo que necesita toda union, que es el amor. Un matrimonio sin amor, es una irrision de la ley que lo ratifica, de la religion que lo consagra y de la naturaleza que lo invoca. Supongamos un matrimonio tal como lo ha instituido Dios, formado por la union de dos seres que se aman y ponen como testigos de su amor á la sociedad que escucha sus juramentos y á la religion que fortalece su lazo con el sello divino del sacramento. No debemos olvidar que el matrimonio no es uno de esos contratos vulgares efectuado por dos voluntades que pueden deshacer por su mutuo consentimiento lo que ambas hicieron, sino un contrato privado por medio del cual se entregan los corazones y se enlazan las almas para realizar las esperanzas de un amor verdadero. Los que se unen bajo las inspiraciones de un amor sincero, se unen para siempre, porque amar significa aspirar á la union perpetua y al amor sin fin, y no lo que suponen algunos profanando esta palabra. Tal es la condicion humana. Cuando amamos, queremos rodear nuestro amor con una especie de aureola inmoral-

tal; deseamos que hasta la muerte, que romperá nuestros cuerpos, respete el lazo que une nuestras almas; queremos, finalmente, que nuestra union dure mas que el tiempo y encuentre en la inmortalidad el lleno de su felicidad. No ignoro que muchas veces estos deseos humanos no son sino un sueño; que ese soplo de inmortalidad que hincha vuestros corazones, huye frecuentemente con el amor que lo inspiró; mas por pasajero que haya sido ese soplo inmortal, demuestra al corazon que lo ha sentido la necesidad de lo inmortal y de perpetuar las uniones que él produce. ¿Quién se uniría á otro, sin cometer una contradiccion, si tuviera la certidumbre de que llegará un día en que le digan, ya no te aman, tu amor acabó? ¡Ah! yo os aseguro que amar, es amar siempre á un solo sér, y apelo á vuestros corazones para probar mi aserto; esta es la ambicion de toda alma bien nacida, que aspira á perpetuar con su union la parte mas divina de su vida. La disolubilidad del lazo conyugal admitida á la hora del juramento por un amor que aspira á la inmortalidad, sería la mas solemne mentira lanzada por el hombre al voto mas sagrado de su naturaleza y á la mas profunda y noble ambicion del corazon humano.

Qué diríamos, si no, del hombre que á la víspera de su casamiento, dijese á la que escogió por compañera: "Querida mia, compañera de mi vida, te he escogido entre diez mil, como al alma que hizo Dios para mi alma. Te amo con todo mi corazon en este momento, y lo prueba la entrega que por entero te hago de mí mismo; pero quién sabe si en lo de adelante sentiré alguna nueva pasion que me impida quererte á tí y

solo á tí. Si el tiempo, que todo lo destruye, hace brotar en nuestros corazones uno de esos sentimientos que destruyen un amor para crear otro, convengamos desde ahora en que uno y otro daremos libertad á nuestros corazones, que no deben sufrir yugo alguno desde el momento en que desaparezca el amor, único que puede hacernos soportar las cadenas de la servidumbre!"

¿Qué sería, señores, el matrimonio que se efectuase despues de semejante confesion? ¿No sería un sarcasmo de amor? ¡Ah! el amor que así se insinúa, no es amor; el matrimonio que se efectúa con la posibilidad de llegar al divorcio, no es matrimonio. La union sin garantía perdurable; el contrato sin duracion; el matrimonio sin amor y el amor sin el sello de la perpetuidad, que carezca del deseo de consagrarse para siempre á otro á quien se quiere poseer siempre; y para valernos de la fórmula acostumbrada por los mas célebres apóstoles de la doctrina del divorcio, diremos: el amor convertido en *compromiso facultativo*, es el que se desea establecer. ¿Y qué es esto sino la mentira, la hipocresía y la mas cabal contradiccion?

Decir contradiccion, no es decir bastante; debe emplearse otra frase y decir cobardía. En el idioma de la razon y de la justicia, estos pretendidos derechos del corazon á no unirse de una manera irrevocable, no son ni pueden ser mas que las cobardes aspiraciones del *egoismo*. ¿De dónde sino del egoismo pueden nacer semejantes pretensiones? Solo él es capaz de inspirar á un sér humano tales sentimientos, para que los espresé á otro en estos términos: "Mientras tu amor me hará feliz, contarás con mi felicidad. Cuando

dejes de amarme; cuando mi propio corazon, apagado como un volcan dormido, no conservará mas que lava y ceniza, te dejaré para buscar otro corazon que encienda de nuevo un volcan en el mio. Iré á otros climas para vivir bajo otro sol y otro cielo, y encontrar en ellos una felicidad que ya no puedes darme." ¿Quién puede pronunciar semejantes palabras, sino este amor egoista y cobarde, que segun la calificacion de uno de sus mas famosos apologistas, "se sienta triunfante sobre las ruinas del universo, y se goza de placer á la vista de huesos disecados, como si estuviera en medio de las flores?"

Sea cual fuere el nombre que intenten dar á este amor que no quiere comprometer su porvenir, sino entregarse de un modo condicional; á este amor, que á la hora misma en que se da, medita su libertad y se arma lleno de desconfianza contra el mismo objeto que ha elegido; que al nacer viene rodeado de indiferencia; que cuando siente sus primeros impulsos de vida, calcula el dia en que morirá; que en el mismo instante en que se une á un sér por él escogido, calcula lo que hará el dia en que no encuentre en su union toda la dicha que ha soñado; á este amor, llámenle como quiera, libre, sentimental, poético ó ideal; condecórelo como quiera la literatura que tiene por mision pervertir á la humanidad, no puede llamársele sino egoismo, debilidad y miseria.

¿Qué amor es éste que cuando han pasado los años floridos de la vida, cuando los sentimientos del corazon se parecen á los árboles que llenan de hojas amarillas el suelo que las rodea, quiere llevar á otra parte su corazon voluble, y semejante á un viajero, no goza

sino cambiando de clima y estacion? ¿Qué amor es éste que quiere cortar sus lazos cuando rotos ya los encantos del corazon, deberia hallar la dicha en su union y en el cumplimiento de sus deberes? ¿Qué amor es éste, en fin, que solo quiere vivir mientras dura el placer y quiere acabar cuando empieza el sacrificio? Lo repetiremos todavía; este amor es el egoismo, la debilidad y la miseria.

Este amor es tambien la crueldad. Sí, esta doctrina que quiere sujetar la union conyugal á merced de un capricho, de un encuentro y de una casualidad, es abominablemente cruel. Llega un dia en que por vuestra culpa, por la inconstancia de vuestros deseos, por la inestabilidad de un corazon que sueña con goces imposibles de realizar, os dejais arrastar á sentimientos criminales; amais fuera del hogar, fuera del centro y fuera del órden; y como el corazon no puede alimentar dos amores verdaderos á un mismo tiempo, resulta que reemplazais el amor legítimo con el ilegítimo: dejais de amar el objeto de vuestra primitiva ilusion; y quizá no satisfechos con ultrajarle, le aborreceis precisamente porque le maltratais, porque el corazon humano es de tal naturaleza, que aborrece á los mismos que perjudica. Cuando el hombre llega á ese grado de desórden, esclama: "¿Quién romperá mis cadenas? ¿Quién dará la libertad á mi corazon, á quien repugna la servidumbre? Y con toda la hipocresía de la crueldad, agrega: ¿No existirá una ley que me ampare y haga libre, cuando para aspirar á mi libertad me sobran tantos motivos? ¿Motivos! ¿Acaso le faltan cuando menos pretextos á la pasion que quiere satisfacerse? ¿Carece de ellos el egoismo